

THE STORIES ON OUR SIDE

Querido director:

Usted no conoce a Sandra y Maribel, como explica ese emotivo periodista que es Marino Gómez-Santos. Yo tampoco, pero creo que, por su peculiar forma de ser, a usted no le disgustará que alguien salga en defensa de ellas.

Quizá el hecho de encontrarme en trance de abuelismo potencial, gracias a la complicidad de una hija que debe rondar los dieciocho de Maribel o Sandra, me hace comoverme ante las trencitas y la falda de napa de Sandra, a la vez que me encanta la idea de ver a Maribel rodeada "de hortensias y poliván", y no entre paredes desconchadas. Signo de los tiempos españoles más felices de lo que algunos creen.

A Marino Gómez-Santos le gustan Bach, Mozart y Vivaldi, y a las niñas, el twist y sus derivados. Me parece justo. Es sencillamente un asunto de cronología. Hace algunos años, mientras el jazz escandalizaba a los musicólogos, éstos se deleitaban con Beethoven, Chopin y los cinco grandes rusos. Después, todo ello había de antojarse raiplión y la moda fué seleccionar Bach, Mozart, etc... Pero pasó pronto, y ahora, según las recientes informaciones, el último grito en cosas respetables de música se refiere a Paul Hindemith, Georges Enesco, Strawinski y a los más clásicos: Scarlatti, Gluck, Capdevielle, Dama se. También surgen de sus cenizas Monteverdi, Cimarosa, Rameau y Keiser, y —sorpresa— vuelven a apasionar Haendel y, ¿quién lo hubiera dicho?, Schubert, con obras inéditas. Es decir, que los clásicos también tienen sus modas, su snobismo, y que nadie aún puso coto a lo de enterrar y desenterrar a los grandes maestros sobre la apreciación de cuyo valor existen las mismas sonrisas de menosprecio, las mismas alusiones despectivas y los mismos entusiasmos ciegos; pero sin trencitas ni faldas de napa.

Es preciso recordar también que tales nombres ilustres, que tienen ventanas propias y se asoman a las páginas de las enciclopedias respetables, fueron en sus tiempos objeto de escándalo y burla.

La exquisita sensibilidad del siglo XVIII, con sus grandes capitales, Nápoles, Viena,

Hamburgo, Londres y París, quedó barrida por el huracán tétrico del romanticismo, hijo triston y grandilocuente de los fríos Estados germanos, sumergidos en los recuerdos violentos de las Eddas..., pero no sin choques. En aquel tiempo, los románticos —tan melancólicos y estrambóticos en el vestir como los "twististas" de hoy; tan ruidosos y escandalosos, y tan... jóvenes también— fueron los que impusieron los grandes compositores rusos y alemanes, padres de la música relativamente moderna. Conviene recordar también los fracasos estrepitosos de Wagner frente a los "entendidos" de su tiempo, y las andanzas de Mozart, incomprendido y errante. En los años mozos me contaba mi abuela que mientras sus padres cantaban romanzas de Schubert ella adoraba el cakewalk. Y cuando mi madre bailaba el charleston, mi abuela, en cambio, suspiraba ya de acuerdo con Chopin o Beethoven. Más adelante, mientras yo me retorcía al compás del jazz, mi madre invocaba a Bach y Haendel. En resumen, la antorcha, ahora, sigue llevándose con el mismo entusiasmo de padres a hijos y con escasas variaciones; mas también sigue manifestándose idéntica irrespetuosidad fundamental, recíproca y sincera entre las generaciones, a propósito de sus respectivas creencias.

Ahora hay muchos, muchísimos grandes artistas que, asqueados por el twist, emplezan a considerar, sin embargo, como clásicos a los grandes del jazz: Gillespie, Armstrong, Ella Fitzgerald, Slide Hampton, Clara Ward, Johnny Griffin y una famosa docena más. Todos americanos. ¿Por qué no? Hubo una época en que todos eran italianos; luego, alemanes o rusos... Los países poseen sus grandes momentos, y un tipo de pintura o de música, en un instante dado —Dios sabe por qué— y en su plenitud y su absoluto valor, vencen porque la masa, generalmente de cultura limitada, intuye y, a la postre, impone. En cuanto al patriotismo, no le acomoda insertarse en el reino de la música. Me parece magnífico cuando consiste en morir bien y a tiempo por un país —el suyo— que se integra en uno mismo y al que se da lo más preciado: la vida. Y me pa-

rece importantísima, igualmente, otra forma de patriotismo que consiste en la lucha política honrada para que la Patria alcance lo mejor, sufriendo lo mínimo. Pero, verdaderamente, en materia de arte, no hay patriotismo. Todas las grandes civilizaciones han aportado algo al bien común, desde Summers hasta "nuestros vecinos" de allende los mares y sus "stories on our side", sus historias, también de nuestro lado, puesto que cuanto sea arte o ansia vital nos concierne a todos. Además, nuestro amigo Marino, al seleccionar a Bach, Vivaldi y Mozart —en grabaciones seguramente realizadas por las filarmónicas de Berlín, Londres o Nueva York— demuestra a las claras su eclecticismo nada local.

Y—siguiendo el texto de Marino—no acierto a comprender cómo la "tontita Tomasa", bien inocua con sus reforcimientos rítmicos, puede conducirse hasta esa monedita que atada por un hilo corre ante las narices ibéricas. ¡La monedita sí que no vale la pena!, pero, en cambio, encuentro magnífico que la sufrida España, venciendo rencores estúpidos, goce hoy de una postura moralmente desahogada y que la permite embolsar muchos millones de moneditas tan imprescindibles para reafirmar su pujanza mundial. En el fondo todo es historia de préstamos. ¡El fantástico resurgimiento de Alemania, Italia, Francia e Inglaterra cómo se logró sino a precio de dólares! Ahora son estas naciones que ayudan al dólar a mantener su paridad oro. Isabel empeñó sus joyas para ayudar a Colón. Buena operación. El préstamo no tiene por qué ser una venta de cuerpo y alma; eso desde luego, y no es lícito entenderlo así. Muchas naciones y empresas privadas se pelean para invertir dinero en España. Buena y confortante coyuntura, muchísimo mejor, a mi juicio, que la actitud de embozarse castizamente en una capa agujereada, removiendo hazafías pasadas.

Supongo que entre quienes desempeñan los altos cargos habrá muchos castellanos como Marino que se regocijan limpiamente al ver la "operación inversión" orientarse hacia España. Es un buen

trabajo y un resultado brillante. Ayudará, sin duda, a que Madrid, capital de un país que siempre exportó arte, pueda poseer su propio teatro de ópera y sus grandes orquestas y otras muchas cosas que un país ayer desvalijado, sangrado y desamparado no pudo alcanzar antes por el aplastante balance de las cosas de primera emergencia que ya se lograron.

Ciertos rencores justos no pueden cegar en orden a la exacta apreciación de los valores. Me parece estupendo que a Marino le guste Aurora Bautista. A mí también me resulta simpática. Pero debe dejar opinar a todas las trencitas españolas sobre "la cara blanda" de los americanos. Ahí están precisamente John Wayne, Burt Lancaster, Kirk Douglas, Charlton Heston, William Holden y otros, para demostrar lo contrario y proponer a todos los cines europeos, incluyendo al español, un arquetipo masculino, plenamente varonil y que no lo graron definir ellos. Basta examinar las cojas ante las salas de proyección para quedar ampliamente informados, respeto a este referéndum espontáneo que rehusa la caldad de "blandos" a los rostros de los galanes americanos. Y como punto final, me rindo ante la opinión de Marino sobre la juventud española, efectivamente más civilizada y decente que otras, quizá por vocación o quizá por frenos oportunos. Pero la Edad Media tuvo sus loquillos que calzaban "poulaines" con puntas desmesuradas; el Renacimiento exhibió sus fantasías, y el siglo XVII, también; la "belle époque" fué pródiga en desmanes, y nada impide que cada tiempo tenga su cosecha artística. Siempre, por designios especiales o virtud innata, España conservó un recato y una decencia de costumbres muy peculiares, en contra de lo que ocurrió en Francia, Alemania o Rusia. Como sin duda posee tal recato fundamental "la trencitas de falda de napa", a pesar de gustarle el "twist". Y ojalá no se le ocurra bailar la polka o la mazurca, pues también encontraría quién la tachase de extravagante o descocada.

Isabel TORNER